

nombre conocido, y así procuraba acomodársele de manera que declarase quién había sido antes que fuese de caballero andante, y lo que era entonces: pues estaba muy puesto en razón que mudando su señor estado, mudase él también el nombre, y le cobrase famoso y de estruendo, como convenia á la nueva orden y al nuevo ejercicio que ya profesaba: y así despues de muchos nombres que formó, borró y quitó, añadió, deshizo y tornó á hacer en su memoria é imaginacion, al fin le vino á llamar *Rocinante*, nombre á su parecer alto, sonoro y significativo de lo que había sido cuando fué rocin, antes de lo que ahora era, que era antes y primero de todos los rocines del mundo. Puesto nombre y tan á su gusto á su caballo, quiso ponérsele á sí mismo, y en este pensamiento duró otros ocho dias, y al cabo se vino á llamar *Don Quijote*: de donde, como queda dicho, tomaron ocasion los autores desta tan verdadera historia, que sin duda se debía llamar Quijada, y no Quesada, como otros quisieron decir. Pero acordándose que el valeroso Amadis no solo se había contentado con llamarse Amadis á secas, sino que añadió el nombre de su reino y patria por hacerla famosa, y se llamó Amadis de Gaula, así quiso, como buen caballero, añadir al suyo el nombre de la suya, y llamarse *Don Quijote de la Mancha*, con que á su parecer declaraba muy al vivo su linaje y patria, y la honraba con tomar el sobrenombre della. Limpias pues sus armas, hecho del morrion celada, puesto nombre á su rocin, y confirmándose á sí mismo, se dió á entender que no le faltaba otra cosa sino buscar una dama de quien enamorarse; porque el caballero andante sin amores era árbol sin hojas y sin fruto, y cuerpo sin alma. Decíase él: "Si yo por malos de mis pecados, ó por mi buena suerte me encuentro por ahí con algun gigante, como de ordinario les acontece á los caballeros andantes, y le derribo de un encuentro, ó le parto por mitad del cuerpo, ó finalmente le venzo y le rindo, ¿no será bien tener á quién enviarle presentado, y que entre y se hinque de rodillas ante mi dulce señora, y diga con voz humilde y rendida:—Yo soy el gigante Caraculiambro, señor de la insula Malindrania, á quien venció en singular batalla el jamás como se debe alabado caballero Don Quijote de la Mancha, el cual me mandó que me presentase ante la vuestra merced para que la vuestra grandeza disponga de mí á su talante?" ¡Oh cómo se holgó nuestro buen caballero cuando hubo hecho este discurso, y mas cuando halló á quién dar nombre de su dama! Y fué, á lo que se cree, que en un lugar cerca del suyo había una moza labradora de muy buen parecer, de quien él un tiempo anduvo enamorado, aunque segun se entiende, ella jamás lo supo ni se dió cata dello. Llamábase Aldonza Lorenzo, y á esta le pareció ser bien darle título de señora de sus pensamientos: y buscándole nombre que no desdijese mucho del suyo, y que tirase y se encaminase al de princesa y gran señora, vino á llamarla *Dulcinea del Toboso*, porque era natural del Toboso: nombre á su parecer músico y peregrino, y significativo como todos los demás que á él y á sus cosas había puesto.

CAPÍTULO II.

Que trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso Don Quijote.

HECHAS, pues, estas prevenciones no quiso aguardar mas tiempo á poner en efecto su pensamiento, apretándole á ello la falta que él pensaba que hacia en el mundo su tardanza, segun eran los agravios que pensaba deshacer, tuertos que enderezar, sinrazones que enmendar, y abusos que mejorar, y deudas que satisfacer. Y así, sin dar parte á persona alguna de su intencion, y sin que nadie le viese, una mañana antes del dia (que era uno de los calurosos del mes de Julio) se armó de todas sus armas, subió sobre Rocinante, puesta su mal compuesta celada, embrazó su adarga, tomó su lanza, y por la puerta falsa de un corral salió al campo con grandísimo contento y alborozo de ver con cuánta facilidad había dado principio á su buen deseo. Mas apenas se vió en el campo cuando le asaltó un pensamiento terrible, y tal que por poco le hiciera dejar la comenzada empresa, y fué que le vino á la memoria que no era armado caballero, y que conforme á ley de caballería ni podia ni debía tomar armas con ningun caballero: y puesto que lo fuera había de llevar armas blancas como novel caballero, sin empresa en el escudo, hasta que por su esfuerzo la ganase. Estos pensamientos le hicieron titubear en su propósito; mas pudiendo mas su locura que otra razón alguna, propuso de hacerse armar caballero del primero que topase, á imitacion de otros muchos que así lo hicieron, segun él había leído en los libros que tal le tenían. En lo de las armas blancas pensaba limpiarlas de manera en teniendo lugar, que lo fuesen mas que un armiño: y con esto se quietó y prosiguió su camino, sin

llevar otro que aquel que su caballo quería, creyendo que en aquello consistía la fuerza de las aventuras. Yendo, pues, caminando nuestro flamante aventurero iba hablando consigo mismo y diciendo: "¿Quién duda sino que en los venideros tiempos, cuando salga á luz la verdadera historia de mis famosos hechos, que el sábio que los escribiere, no ponga, cuando llegue á contar esta mi primera salida tan de mañana, desta manera?—Apenas habia el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y apenas los pequeños y pintados pajarillos con sus arpadas lenguas habian saludado con dulce y meliflua armonía la venida de la rosada aurora, que dejando la blanda cama del zeloso marido por las puertas y balcones del manchego horizonte á los mortales se mostraba, cuando el famoso caballero Don Quijote de la Mancha, dejando las ociosas plumas, subió sobre su famoso caballo Rocinante, y comenzó á caminar por el antiguo y conocido campo de Montiel" (y era la verdad que por él caminaba); y añadió diciendo: "¡Dichosa edad y siglo dichoso aquel adonde saldrán á luz las famosas hazañas mías, dignas de entallarse en bronce, esculpirse en mármoles, y pintarse en tablas para memoria en lo futuro! ¡Oh tú, sábio encantador, quien quiera que seas, á quien ha de tocar el ser coronista desta peregrina historia, ruégote que no te olvides de mi buen Rocinante, compañero eterno mio en todos mis caminos y carreras!" Luego volvía diciendo, como si verdaderamente fuera enamorado: "¡Oh princesa Dulcinea, señora deste cautivo corazón! mucho agravio me habedes fecho en despedirme y reprocharme con el riguroso afincamiento de mandarme no parecer ante la vuestra fermosura. ¡Plégaos, señora, de membraros deste vuestro sujeto corazón, que tantas cuitas por vuestro amor padece!" Con estos iba ensartando otros disparates, todos al modo de los que sus libros le habian enseñado, imitando en cuanto podía su lenguaje: y con esto caminaba tan de espacio, y el sol entraba tan apriesa y con tanto ardor, que fuera bastante á derretirle los sesos si algunos tuviera. Casi todo aquel día caminó sin acontecerle cosa que de contar fuese, de lo cual se desesperaba, porque quisiera topar luego luego con quien hacer experiencia del valor de su fuerte brazo. Autores hay que dicen, que la primera aventura que le avino fué la del puerto Lápice; otros dicen que la de los molinos de viento; pero lo que yo he podido averiguar en este caso, y lo que he hallado escrito en los anales de la Mancha, es que él anduvo todo aquel día, y al anochecer su rocín y él se hallaron cansados y muertos de hambre; y que mirando á todas partes por ver si descubriría algun castillo ó alguna majada de pastores donde recogerse, y adonde pudiese remediar su mucha necesidad, vió no lejos del camino por donde iba una venta, que fué como si viera una estrella que á los portales, si no á los alcázares, de su redención le encaminaba. Dióse prisa á caminar, y llegó á ella á tiempo que anochecía. Estaban acaso á la puerta dos mujeres mozas, destas que llaman *del partido*, las cuales iban á Sevilla con unos arrieros, que en la venta aquella noche acertaron á hacer jornada: y como á

nuestro aventurero todo cuanto pensaba, veía ó imaginaba le parecía ser hecho, y pasar al modo de lo que habia leído, luego que vió la venta se le representó que era un castillo con sus cuatro torres y chapiteles de luciente plata, sin faltarle su puente levadiza y honda cava, con todos aquellos adherentes que semejantes castillos se pintan. Fuése llegando á la venta (que á él le parecía castillo), y á poco trecho della detuvo las riendas á Rocinante, esperando que algun enano se pusiese entre las almenas á dar señal con alguna trompeta de que llegaba caballero al castillo. Pero como vió que se tardaban, y que Rocinante se daba prisa por llegar á la caballeriza, se llegó á la puerta de la venta, y vió á las dos distraídas mozas que allí estaban, que á él le parecieron dos hermosas doncellas ó dos graciosas damas, que delante de la puerta del castillo se estaban solazando. En esto sucedió acaso que un porquero que andaba recogiendo de unos rastros una manada de puercos (que sin perdon así se llaman), tocó un cuerno, á cuya señal ellos se recogen, y al instante se le representó á Don Quijote lo que deseaba, que era que algun enano hacia señal de su venida; y así con extraño contento llegó á la venta y á las damas; las cuales, como vieron venir un hombre de aquella suerte armado, y con lanza y adarga, llenas de miedo se iban á entrar en la venta; pero Don Quijote, coligiendo por su huida su miedo, alzándose la visera de papelón, y descubriendo su seco y polvoroso rostro con gentil talante y voz reposada les dijo: "Non fuyan las vuestras mercedes, nin teman desaguizado alguno, ca á la orden de caballería que profeso non toca ni atañe facerle á ninguno, cuanto mas á tan altas doncellas como vuestras presencias demuestran." Mirábanle las mozas, y andaban con los ojos buscándole el rostro que la mala visera le encubria: mas como se oyeron llamar doncellas, cosa tan fuera de su profesion, no pudieron tener la risa, y fué de manera que Don Quijote vino á correrse, y á decirles: "Bien parece la mesura en las fermosas, y es mucha sandez además la risa que de leve causa procede; pero non vos lo digo porque os acutedes ni mostredes mal talante, que el mio non es de ál que de serviros." El lenguaje no entendido de las señoras y el mal talle de nuestro caballero acrecentaba en ellas la risa y en él el enojo, y pasara muy adelante si á aquel punto no saliera el ventero, hombre que por ser muy gordo era muy pacífico, el cual viendo aquella figura contrahecha, armada de armas tan desiguales, como eran la brida, lanza, adarga y coselete, no estuvo en nada en acompañar á las doncellas en las muestras de su contento. Mas en efecto, temiendo la máquina de tantos pertrechos determinó de hablarle comedidamente, y así le dijo: "Si vuestra merced, señor caballero, busca posada, amen del lecho (porque en esta venta no hay ninguno) todo lo demás se hallará en ella en mucha abundancia." Viendo Don Quijote la humildad del alcaide de la fortaleza (que tal le pareció á él el ventero y la venta) respondió: "Para mí, señor castellano, cualquiera cosa basta, porque mis arreos son las armas, mi descanso el pelear, &c." Pensó el huésped que el haberle llamado castellano habia sido por